

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 105.—15 de Julio de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## DESDE UN HOSPITAL.

### *Carta segunda.*

Señores Redactores de la VOZ DE LA CARIDAD: Mis buenos y queridos amigos: Al mismo tiempo que digo algo de lo que pasa por aquí, contestaré á algo de lo que se dice por allá y por otras partes, y no creo exacto. Los errores, perjudiciales todos, obran directa ó indirectamente, segun la índole de los objetos sobre que recaen: los que se refieren á cosas de caridad son de los que tienen una accion directa, como que paralizan movimientos ó los determinan.

Las dos cosas que mas alejan de los hospitales son el temor á las enfermedades contagiosas y el efecto que produce ver *tantas* lástimas.

Cuando hay en un hospital precauciones y limpieza esmerada, tengo por completamente infundado el temor de contagiarse con ninguna enfermedad, ó de comprometer su salud viviendo en una atmósfera mal sana. En nuestras salas no se nota ningun mal olor, y es seguro que tienen aire mas puro y sano que la mayor parte de las alcobas de Madrid, donde se aposentan personas que se horripilan á la idea de venir donde estamos en mejores condiciones higiénicas que ellos. Si á esto se añade la precaucion de que los asistentes salgan algunos ratos al campo, como aquí lo hacemos, y tengan una vida metódica y perfectamente ajustada á las reglas de higiene, resultará un estado de salud tan perfecto como sea posible, dadas las condiciones del individuo: aquí lo estamos probando practicamente.

En cuanto á la salud del alma, gana infinito. Esta gran masa de dolores ajenos, si no impone silencio, facilita la resignacion con los

proprios: como un fuerte revulsivo, lleva el sufrimiento, no solo donde hace menos daño, sino donde se ennoblece perdiendo su carácter individual y egoista y convirtiéndose en compasion. El consejo muy sabido de que nos comparemos en nuestras desdichas con otros que son mas desdichados, no suele ser remedio muy eficaz cuando la comparacion es un acto reflexivo, pero tiene gran poder si resulta de una série de hechos palpables, de impresiones fuertes, que vienen sin que las llamemos, y se imponen de una manera poderosa é irresistible. Tal vez el primero y mas infalible premio de no huir de los espectáculos del dolor, son esas lecciones que encierran y que toma mas ó menos, quiéralo ó no, todo el que los presencia.

Despues de la mayor facilidad de resignacion para los males, viene el aprecio de los bienes, cuyo valor pone en relieve el que de ellos está privado. Cuando se ve un pobre enfermo con hambre devoradora y que no puede comer, con sed ardiente y que no puede beber, con imperiosa necesidad de sueño y que no puede dormir, y cuando se ven muchos que así estan, el bien de comer, de beber y de dormir, que pasaba desapercibido, adquiere un valor inmenso, lo mismo que la ausencia del dolor físico, ventaja en que no habíamos reparado.

Además se reciben profundas lecciones en forma de ejemplos. Un hombre ignorante, muy inferior á nosotros respecto de la inteligencia, aparece en las terribles pruebas de la enfermedad, con una gran superioridad moral, resignándose sencillamente, sin aparato, y al parecer sin esfuerzo, con males que tal vez abatirian nuestro ánimo. En el combate con el dolor físico, ¡qué de heroismo á veces en estos oscuros y anónimos campeones, y cuánta debilidad en los que tienen nombre y grado superior! ¡A cuántos de estos, pequeños segun el mundo, llega por camino recto y firme la resignacion, que tantos rodeos emplea y tantas dificultades halla para calmar las impacencias y los movimientos desesperados de mucha gente culta y aun de los tenidos por filósofos y sábios! Muchos á quienes podríamos enseñar á leer, nos enseñan á sufrir, que es ciencia harto necesaria en este valle de lágrimas.

En cuanto á la impresion que causa ver tantas penas, tambien se hace un cálculo que no es exacto. Se dice: si ver un enfermo ó un herido me hace un efecto igual á *uno*, el ver cien heridos ó cien enfermos, me impresionará como *ciento*. Al discurrir así, olvidamos que nuestra capacidad de sentir no es indefinida; que halla un límite; que cada uno tiene un *máximum de compasion que dar*, del cual no es posible que pase; y que se distribuye entre todas las desdichas que la inspiran, siendo providencial que llegue á cada uno el total de

la que se tiene para todos. Los socorros materiales no pueden prestarse sino en número determinado: un hombre puede socorrer á diez, á veinte, á cuarenta heridos, no mas; pero compadecer puede á ochenta, á doscientos mil, llevando su simpatía y buena voluntad de auxiliarlos íntegra para cada uno.

Resulta, que no sufrimos, al compadecer, en proporcion al número de desdichados que compadecemos; que nuestra pena está limitada por nuestra capacidad de sentir, y que la voluntad que acude íntegra al consuelo de todos, por muchos que sean, no determina para el corazon un número infinito de dolores.

Por último, hay una cosa que indemniza ámpliamente de todas las molestias y penalidades que puedan sufrirse, y es la satisfaccion del bien que se hace: este bien es palpable, evidente. Cuando se escribe, ¿quién sabe para qué y para quién? Tal vez no se lea, tal vez no se entienda; tal vez se comprenda mal: aunque nada de esto suceda, tardará meses, años ó siglos en ser un hecho aquella idea que emitimos, y lo que es todavía peor, puede ser errónea; respondemos de nuestra buena voluntad, mas ¿quién está seguro del acierto? Pero al acercarse á esa masa de dolores que se llama hospital, con la voluntad de consolarlos, esta voluntad es un hecho, Dios parece que la premia con algo parecido á la omnipotencia; decimos: el consuelo sea, y el consuelo es. El cuidado para dar las medicinas, la limpieza, la alimentacion sustanciosa, la dulzura, sustituyen al descuido, al abandono, al desaseo, á la aspereza; y las consecuencias materiales y morales son inmediatas y visibles. ¡Qué satisfaccion ver todo aquel bien que no se haria sin nosotros, y procurar hacer veces de madre para los que en su dolor la llaman! Bien claro se ve la exactitud con que se ha dicho: *Consolad, y sereis consolados*.

Insisto sobre esto, porque un establecimiento benéfico en general y un hospital en particular, abandonado á personas mercenarias, es una desdicha para los que á él se acojen, en vez de ser un gran bien; y las almas caritativas se retraen porque se exajeran las penalidades y se desconocen las satisfacciones que puede haber en esta práctica de la caridad.

Tal vez piense alguno que exajero, ó replique en son de burla, que al decir mio la ventura se halla asistiendo enfermos. Ya sé que caso de hallarse en alguna parte no será ciertamente en un hospital, no invito para que acudan á él á los dichosos de la tierra, pero estos son tan pocos en número, que bien puede prescindirse de él como de cantidad infinitamente pequeña. Aquí ciertamente no pueden hallarse alegrías, pero los que se han despedido de ellas tácita ó espresamente, que son muchos, ¿no podrian venir á buscar satisfacciones?

Pueden aún tenerse muchas en la vida, cuando se ha renunciado á la felicidad.

Los que se empeñan en ser felices sin condiciones para conseguirlo, se asemejan á los que quieren parecer siempre jóvenes y sostienen contra los estragos del tiempo una lucha imposible. Además de la vejez, tienen el trabajo de pretender ocultarla, la pena de no conseguirlo, y la irrisión de haberlo intentado: en vez de ancianos respetables, son viejos ridículos.

El empeño de ser dichoso dado cierto estado del alma, no es menos absurdo que el de parecer joven en la decadencia del cuerpo. Viviendo para los otros es como únicamente se encuentra alguna dicha para sí: la gente hastiada, aburrída, desesperada, es la que no ha dicho: *Si no puedo ser feliz, quiero ser útil*, y no ha convertido su existencia en un instrumento para el bien, ni podido recibirle por reflejo cuando ya directamente es imposible.

Deja á Dios el cuidado de la vida,  
Que no abandona al que de sí se olvida.

Vuelvo al hospital. ¡Cuán horrible es la guerra considerada desde él! ¡Qué de dolores y de injusticias y de maldades y de absurdos, que no se habían imaginado, se perciben desde este punto de vista! Se ha empezado y es necesario continuar desenmascarando este monstruo que se disfraza con apariencias humanas y hasta honradas; es necesario hacer penetrar la luz en esas cavernas donde inmola millares de víctimas á favor de la oscuridad de la ignorancia y del silencio de la conciencia; porque solo los ignorantes y los perversos pueden lanzarse á las luchas homicidas y encomendar á la fuerza las soluciones del derecho.

Hemos pagado ya tributo á la muerte: ha fallecido Hilario Fuentes, jóven que no tenía la naturaleza de hierro que se necesita para resistir la vida de los campamentos, con mal vestido y mal alimento; es una de las muchas víctimas de la guerra, que no figurará como tal porque no murió en el campo de batalla, ni de resultas de las heridas. Cuidado esmeradamente, recibió los auxilios de la ciencia, los consuelos de la religion, y sobre su tumba no han faltado ni las oraciones de un sacerdote, ni las lágrimas de una mujer; triste consuelo para su pobre madre, pero no podemos enviarle otro.

Aquí se dice todos los dias que al siguiente se da la gran batalla, y estamos en perpétua zozobra y temor de ver llegar las numerosas víctimas. Cualesquiera que sean los planes del General en jefe, comprendo que habrán tenido que modificarse por el temporal. Continúan las nubes, los truenos y los rayos; anteayer pereció un

joyen de 17 años: van dos en pocos dias. Parece que al ver los preparativos de la lucha homicida, y los combatientes sordos á la voz de la humanidad que les manda deponer las armas, y próximos á despedazarse, la Providencia tiene un terrible mensajero, irritado y destructor como ellos, y para separarlos envía la tempestad. A pesar de su insistencia, aquí nunca vista, segun dicen, pasará. Se orearán los campos, bajarán las aguas, las enturbiadas volverán á ser cristalinas, saldrá el sol, y los hombres no retrocederán de las vias de la impiedad, no oirán ningun aviso del cielo, y ensangrentarán la tierra lanzándose ferozmente á la aplazada lucha. El tiempo no pasa para la reflexion ni para el arrepentimiento, sino para acumular mayores medios de hacer daño, mas elementos de destruccion. ¡Quiera Dios que no se empleen, al menos en tan grande escala como se teme!

Reitera á ustedes la espresion de su buena amistad. =X.

23 de Junio de 1874.

## CIEGO Y CIEGA.

No es la primera vez que en esta Revista nos hemos ocupado de la ceguera, considerándola como una de las mayores calamidades que pueden padecerse en esta vida.

Dentro de esta calamidad hay, sin embargo, sus grados, que aumentan la intensidad de la misma por las circunstancias que la rodean. Un ciego rico ó bien acomodado es muy infeliz, pero un ciego pobre lo es mucho mas. El que no tiene vista, pero tiene familia que le cuide, encuentra consuelos y ayuda para todo. El que carece de familia útil, el que está reducido á tener un perro por lazarillo y por guia, ha llegado á un grado mas en la desgracia de carecer de vista.

Pero todavía hay algo mas grave que esto: una situacion que pareceria extraordinaria en su existencia hasta conceptuarse inexplicable, y sorprendente en sus detalles hasta escitar la mas compasiva admiracion. Tal es la de un matrimonio de ciego y ciega, que tienen hijos y obligaciones que cumplir con ellos, careciendo de recursos para realizarlo, pero supliendo á todo, en lo posible, con su desarrollada inteligencia y con su grande resignacion.

Esa situacion no es un cuento; existe aquí, en Madrid, y no sería difícil hallarla á quien la buscase por el barrio del Ave María.

Tal vez algunos de nuestros lectores hayan visto en la puerta de una iglesia muy concurrida, cerca del Prado, á una mujer ciega,

enteramente ciega, jóven aún, aseada y de aspecto agradable, que espense billetes de la rifa para los asilos del Pardo; mezquino comercio, que disfraza quizás una verdadera mendicidad. Tal vez habrán encontrado tambien por aquellas inmediaciones otro ciego jóven, de aspecto bueno y hasta respetable, que ó espense igualmente billetes de esa rifa, ó lanza al viento tristes y sencillos cantares acompañados de una guitarra.

Pues bien; esas dos personas son marido y mujer, unidos en legítimo matrimonio hace algunos años; ciegos, enteramente ciegos; pobres, enteramente pobres; sin parientes que les atiendan y cuiden, pero con tres hijos de corta edad, uno de ellos recién nacido, que iba á venir al mundo sin un simple pañal con que cubrirse, pero que al fin ha tenido todo lo mas preciso, gracias á la caridad de una dama barcelonesa.

No defenderemos en principio ni en razonada discusion este casamiento, que quizás fue una censurable imprudencia; pero si faltaron á la mas trivial prevision al contraer ese enlace, harto castigados están con sus consecuencias. Tal vez esperarían recobrar la vista, porque la ceguera databa solo de algunos años; tal vez no fuera en aquel entonces tan completa como lo es hoy: son detalles que ignoramos. De todos modos, mirando solo al hecho actual, no es fácil sostener el carácter de severos moralistas cuando el aspecto de esa desgracia nos escita el de personas compasivas.

¿Cómo viven esas pobres gentes? ¿Cómo se manejan en el interior de su casa? ¿Cómo cuidan de sus hijos? Preguntas son estas difíciles de contestar en teoría, pero que las contesta la elocuencia de los hechos. Ese matrimonio de ciegos vive con gran miseria, pendiente solo de limosnas y de recursos tan mezquinos y eventuales como el de la venta de billetes de la rifa, único trabajo productivo á que pueden dedicarse, dando con ello leccion y ejemplo de laboriosidad á otros pobres que tienen vista y están ociosos. En su casa, que es un miserable cuarto interior de una mezquina casa de los barrios bajos, admiran y sorprenden dos circunstancias muy notables. Hay allí, en el orden material un aseo y arreglo admirables; en el orden moral una resignacion, una paciencia y una dulzura de carácter, cual si fueran gentes nadando en goces y teniendo elementos de todas clases para disfrutar de ellos.

Con esfuerzos increíbles de penetracion, con ese perfeccionamiento que la necesidad imprime á los sentidos del tacto y del oido cuando falta el de la vista, la mujer limpia la casa, viste á los niños, los peina y aseá; hace el trabajo de la cocina el dia en que hay que comer; sale algun rato á su venta de billetes, lo mismo que hace

el marido, sin perderse por las revueltas calles de esta gran poblacion; y funciona, en fin, aquella interesante familia cual si tuviera vista, hallándose sin embargo en una completa oscuridad.

El único auxilio material con que cuentan es el poco que puede darles una compañera de casa á quien tienen cedido un cuarto para ayuda del pago del alquiler, y que es una pobre mujer, obligada á trabajar para su propia subsistencia.

Pero lo mas admirable es, como ya hemos dicho, la parte moral. Marido y mujer se espresan con un lenguaje relativamente culto; en su semblante está siempre la sonrisa; en sus palabras la dulzura y la bondad; y aquellas gentes, en quienes sería natural y hasta disculpable la queja y la aspereza de carácter, agriado por la desgracia, presentan el espectáculo interesante de una grande y complicada calamidad, soportada con resignacion valerosa, cristiana y hasta alegre en cierto modo. Esa resignacion es en ellos tan natural, que hasta alguno creeria que le faltaba algo de meritoria por lo mucho que tiene de espontánea.

Aquellos pobres ciegos disfrutan tambien sus alegrías; una de ellas es cuando alguno les socorre ó les visita: es difícil hallar personas mas agradecidas; pero su grande y constante alegría, la que pregonan como un beneficio grande de Dios, es que sus hijos no son ciegos. Cuando se les hace notar esto, su semblante se conmueve: valerosos para su propia desgracia, se impresionan tristemente á la sola idea de que sus hijos hubieran nacido sin vista ó pudieran perderla todavía.

La resignacion, que es un consuelo supremo y hasta un sutil egoismo, porque da fuerzas para soportar la desgracia, no es difícil de adquirir cuando las penas están compensadas con recursos materiales, y sobre todo cuando las penalidades de la vida se sufren *con vista*; pero la resignacion no es fácil, y sí sublime, cuando recae en personas que viven, como el ciego y ciega de que nos ocupamos, en una noche perpétua, sin recursos para nada, sin consuelos ni distracciones materiales; teniendo hasta que figurarse lo que son sus queridos hijos, pues ni aun tienen el primer placer de padres, que es contemplar su rostro y recibir sus miradas de amor filial.

Hé aquí, pues, dos séres escepcionales, profundamente infelices, y que pueden sin embargo considerarse relativamente felices, porque todo lo soportan con inteligencia, que la necesidad aguza, y con tranquila bondad, que lo hace todo tolerable. Muchas, casi todas las personas que los contemplen y sepan sus circunstancias, dirán con acento compasivo: «*¡Qué séres tan desdichados!*» Pero si se penetra en el interior de su alma y en el detalle de su vida, al ver aquellos

semblantes tan apacibles, quizás algún poderoso de la tierra, de los que viven hartos de goces y de fortunas, diría con sentida envidia: «¡Quién tuviera esa admirable paz de espíritu!

Antonio Guerola.

## LOS ENRIQUECIDOS.

---

Se ven con frecuencia personas que, gracias á un trabajo asídúo y á una voluntad constante, han logrado acumular una gran fortuna; pero con frecuencia vemos también disipadas esas fortunas en menos tiempo del que se ha necesitado para reunir las.

¿Cómo es que hijos cuyos padres viven económicamente, calculando hasta los gastos mas insignificantes, derrochen sin pena una riqueza á tanta costa adquirida?

La causa principal de este contrasentido consiste, sin duda alguna, en el descuido de la primera educación que reciben generalmente los enriquecidos. Sabido es que los primeros años de la vida influyen poderosamente en el resto de ella. El niño observa y comenta nuestras acciones, nuestras palabras, y con el instinto de imitación, que es su primer maestro, copia hasta nuestras risas y nuestras lágrimas; pero imita mas particularmente á las personas á quienes está unido por los hábitos y por el cariño. Si ve á sus padres reírse de un sér deforme ó desgraciado, se burlará también, y como ellos, se hará duro de corazón; si por el contrario advierte en sus ojos lágrimas arrancadas por el infortunio ajeno, esas lágrimas le enternecerán y por simpatía compadecerá al triste. Cuando se ve á un niño ofrecer á un pobre la limosna bendita, en el modo de darla se pueden adivinar sus sentimientos; si se refleja en su rostro la compasión y el interés, entonces, no lo dudeis, aquel niño ha aprendido de sus padres á respetar la desgracia, y sabe ya, aunque sea pequeño, que la limosna toma su valor, no del que tiene, sino de la voluntad con que se da. El respeto á la inocencia, el amor á la poesía, que, como ha dicho uno de los mas sensatos escritores modernos, «es tan verdad como la prosa,» todas estas fuentes de bien y de consuelo brotan en los primeros años de la vida, y nunca las enturbian sino momentáneamente las tempestades del mundo. Pero esta primera educación, recibida al calor del hogar, en el seno de la familia, se hace casi imposible entre gentes que dedican su tiempo exclusivamente al afán del lucro. En la sed de riquezas sucede como en la de los hidrópicos, que cuanto mas se bebe mas se desea beber; y no siempre, desgraciadamente, se sobrepone la moral al in-



terés en una cuestion tan delicada y de tan graves consecuencias. Dadas estas circunstancias, tenemos al enriquecido dañado en su alma desde la cuna.

Los maestros, que por mucha influencia que ejerzan sobre sus discípulos, nunca podrá compararse á la que la naturaleza, sábiamente dirigida por Dios, concede á los padres, dificilmente podrán borrar esas primeras impresiones. Partimos aquí del principio de que el padre tenga buen sentido y quiera que su hijo se instruya; pero si, por el contrario, es un hombre rudo y vulgar, que se encierra, como en un círculo de hierro, en su ignorancia, renegando del saber y diciendo que él no ha necesitado estudiar para enriquecerse, y que si sus hijos visten con lujo y gastan sin pena, serán bien recibidos en todas partes, entonces, ¡adios fortuna con tantos afanes ganada! Al pasar á manos de gente ociosa y disipada no durará mas tiempo del que se necesita para derrocharla en el juego, en un matrimonio de capricho ó en distracciones soeces, que en su última degradacion buscan en las tabernas ó en mas desventurados lugares.

¡Pobres padres, que pasaron tantas noches sin sueño pensando cómo ganar mas para que sus hijos no tuviesen que trabajar!

¿No sabian que al destinarlos á vivir en una atmósfera distinta de aquella en que habian nacido, necesitaban, por este mismo motivo, mayores cuidados, como las plantas cuando cambian de clima? ¿Que un puesto distinguido que se logra solo por ser rico, se pierde en el momento mismo en que la riqueza se acaba; y que esas fortunas son como casas mal cimentadas, que aplastan en su ruina á los mismos que debian cobijar?

Si los padres fuesen perfeccionándose insensiblemente á medida que su posicion social mejora; si aprendieran ellos, y luego enseñaran á sus hijos con el ejemplo, que convence mas que la palabra mas elocuente, que á mayor fortuna, mayores obligaciones se contraen hácia los desgraciados, y que segun se alejen de ellos por el saber y la riqueza, deben unirse mas por la caridad y la consideracion, entonces no tendrian nunca que avergonzarse de ellos, porque el que es bueno se respeta siempre y no puede llegar á ese estado de degradacion, que une á la ruina de algunos enriquecidos el desprecio de las gentes honradas.

*Emilia Mijares de Real.*

## ¡SED TENGO!

(Conclusion.) (\*)

### II.

No vuelvo de mi sorpresa al encontraros aquí, con este traje, mi querido Alfredo, mi buen camarada de Saint-Cyr. Después de tanto tiempo sin saber de vos, os creía ya lo menos jefe de batallón, pero nunca clérigo.

El abate Alfredo de Mael sonrió dulcemente, y estrechando la mano de su amigo, le dijo:

—Dios se sirve de todos los medios para atraernos á Él. En mi primera juventud creí tener una gran vocación por la carrera militar, y cuando salí de Saint-Cyr fui enviado á Africa. Al principio la guerra me entusiasmaba y la gloria mundana me seducía: poco á poco mis ideas fueron cambiando; empecé á tener aspiraciones hácia algo mejor, y una relación que oí por casualidad, cambió por completo mis ideas.

—¿Qué relación fue esa?

—Una cosa tan sencilla como sublime. Algunos soldados habían caído en manos de los feroces árabes, y estos les dieron á escoger entre el turbante (es decir, la apostasía) ó la muerte. Los pobres soldados, sencillos jóvenes de nuestras aldeas, no vacilaron y todos perecieron, mártires de la fe, que habían mamado con la leche de sus madres, é ignorando quizás la gloria que alcanzaban delante de Dios y el ejemplo heroico que dejaban en el mundo. Oí referir en el campamento este suceso, el cual me causó honda impresión. Verdaderamente, pensé, vale más propagar y enseñar una religión que produce tales milagros de valor, que pasar la vida en desear galones y cruces de honor. Desde entonces un impulso irresistible me atraía hácia el sacerdocio, y el mismo día que ascendí á capitán, presenté mi dimisión. ¡Estábamos en paz afortunadamente! Volví á Francia; entré en el Seminario; recibí las órdenes sagradas, y mis superiores me han enviado aquí, donde tengo á mi cargo el hospital y la prisión militar, de modo que vivo aún entre mis buenos soldados.

—¿Y sois dichoso, Alfredo?

—Nada me falta más que servir á mi buen Dios un poco mejor de lo que lo hago.

---

(\*) Véase el número anterior.

Continuaron hablando los dos amigos paseando á lo largo de una alameda de tilos que rodeaba el hospital.

El abate estaba algo cambiado; siempre pálido y endeble, parecia que su cuerpo no era mas que la envoltura indispensable del alma; pero su fisonomía dulce, imprimia á la religion un carácter augusto de inocencia y gravedad. Hablaba con abandono á su amigo, que formaba parte de la infantería de marina y que volvia á Francia despues de una ausencia de doce años. De repente su conversacion fue interrumpida por un soldado, que dijo á Mr. de Mael:

—Señor abate, os esperan en la cárcel; el Sr. Director desea veros.

Alfredo se despidió de su amigo y marchó en seguida á la cárcel, donde el Director le dijo con aire inquieto:

—Acaban de enviarme un militar condenado á muerte por el Consejo de Guerra de R..... Espera aquí su sentencia ó su perdon, pero este dificilmente se conseguirá. Está condenado por un asesinato cometido en un momento de embriaguez en la persona de su capitán. Creo que no debe ser un criminal endurecido.

—¿Y cómo se llama este pobre hombre?

—Lacoste, dijo el Director.

—¡Lacoste! repitió Mr. de Mael sorprendido; le conozco. ¡Oh! lo que es ahora empiezo á esperar por él: recuerdo perfectamente una buena accion suya, que creo no quedará sin recompensa.

Se separaron: Mr. de Mael entró un instante en la capilla, se prosternó delante del altar y exclamó con todo el fervor de su corazón:

—¡Dios mio! acordaos de lo que este desgraciado hizo un dia por mí, y en memoria de la sed cruel que sentísteis en la cruz, tened piedad de su alma. Yo apelo á vuestra divina promesa: que el vaso de agua sea pagado con la vida eterna.

Salió y se fue al calabozo, donde Enrique Lacoste estaba encerrado. Un centinela guardaba la puerta, y por la ventanilla enrejada pudo el sacerdote observar al infeliz que, moribundo lleno de vida, contaba las horas que le separaban de la eternidad. Estaba sujeto con la camisa de fuerza y con una cadena corta á los piés. Así, inmóvil, con la cabeza baja, la mirada torva, parecia entregado á las mas siniestras reflexiones; pero desde que oyó meter la llave en la cerradura, levantó la cabeza y se esforzó en serenar su semblante para no dejar ver á los espectadores de su agonía mas que una máscara impasible y hasta insultante. Mr. de Mael quedó conmovido de compasion.

—Vengo á veros, amigo mio, le dijo con voz dulce y afectuosa,

para ofreceros los socorros de mi sagrado ministerio. Nuestra santa religion tiene consuelos para el terrible momento en que os encontráis.

—Os doy las gracias, señor abate, respondió Enrique con tono breve y sarcástico; pero no necesito nada de eso; sabré morir sin vuestros consuelos. Di un golpe desgraciado en un momento en que no tenia firme la cabeza: me castigan, y es justo..... Quien rompe, paga. ¡Únicamente siento que es tan largo todo esto!.....

—¿No habeis pedido indulto?

—Sí; mi abogado me ha aconsejado que lo pidiera, pero no espero nada y quisiera que esto hubiera acabado ya.

—Cuando haya acabado, querido amigo, ¿creeis que todo habrá concluido para vos?

—¡Pardiez, pensais que yo creo en todas esas tonterías del alma y de la eternidad! No, no; cuando el cuerpo muere, todo acaba, y ya vereis cómo Enrique Lacoste no tiene miedo en esos momentos.

Mr. de Mael no creyó prudente discutir en aquel momento y cambió la conversacion.

—¿Puedo seros útil en algo? ¿Teneis parientes ó familia?

—Sí; tengo madre: una pobre mujer que va envejeciendo. ¡Mi muerte la causará mucha pena! Bastante disgusto tomó cuando, despues de los siete años de servicio obligatorio, me enganché de nuevo, y en efecto hice una gran tontería; pero la embriaguez ha sido la causa de ello y la que ha tenido la culpa de que me encuentre aquí..... porque yo os lo juro, señor abate, no soy malo; cuando estoy sereno soy incapaz de matar una mosca, pero cuando he bebido algo, es otra cosa; no sufro que me contradigan. El capitán me maltrataba; yo no supe lo que me hacia y ocurrió la desgracia.

Respiró fuertemente y pareció conmovido al recuerdo de su crimen, pero desechando estas sombrías ideas, replicó:

—Si pudiera disponer de mi reloj y de otros efectos, desearia enviárselos á mi madre.

—Esto será fácil, y podeis contar con que desde hoy en adelante tendrá en mí un amigo.

—Os doy las gracias, señor abate; quisiera hacer algo para complaceros, pero no puedo; yo no creo en nada y quiero morir como he vivido, alegremente y sin miedo.

La espresion de su fisonomía desmentia sus palabras: una sonrisa nerviosa crispaba sus labios; un ligero estremecimiento agitaba sus manos; queria ocultar esta emocion instintiva y se esforzaba en talarear una cancion de Beranger.

—No canteis, le dijo dulcemente Mr. de Mael; es propio de hombres valientes el mostrarse graves delante de la muerte. Podrian creer que queríais aturdirlos.

—¡Teneis razon! Es cierto..... ¡Vamos! Estaremos serios como un asno á quien pegan esperando el último golpe.

El abate no quiso seguir esta fanfarronería, y despues de algunas buenas palabras se retiró; pero si no habia hablado de Dios al reo, en cambio habló mucho del reo á Dios.

Al dia siguiente volvió al lado de Enrique, á quien encontró con una agitacion febril que no podia ni vencer ni aun combatir.

—¿Qué hay del indulto? exclamó con aire inquieto.

—Aún no tenemos noticias, amigo mio, respondió Mr. de Mael.

—Si os pido noticias es porque, como comprendereis bien, á pesar de todo se tiene apego á la vida. No cuento mas que treinta y cuatro años, soy fuerte, y algunos años de prision no me asustarian; quisiera vivir..... El rey será clemente, ¿no es verdad?

—¡Ay de mí! esto es dudoso. Poneos bien con Dios; es un Rey misericordioso, que no solo acojerá vuestro arrepentimiento, sino que os dará un sitio en su reino.

—¡No me habéis de eso, respondió Enrique con vehemencia; dejadme esperar! Quiero estar solo, no me atormentéis. ¿Con qué derecho venís aquí? ¿Estoy tambien condenado á sufrir vuestra presencia?

—No lo estais, pero si supiéseis qué afecto tan grande siento hácia vos, de seguro que no me rechazaríais.

Estas palabras, pronunciadas con la mayor dulzura, conmovieron á Enrique y dos lágrimas silenciosas cayeron de sus ojos. No pudo enjugarlas porque sus manos estaban sujetas, y volvió la cabeza para ocultarlas.

—No soy malo, repitió otra vez, y no quisiera causaros disgusto á vos que sois bueno para mí, pero no me habéis de esas simplezas. No soy una débil niña, miradlo bien.

El segundo dia tampoco produjo ningun cambio bueno; pero el abate Alfredo sabia el medio de conmovier el corazon de su divino Maestro. Pasó la noche en oracion y repartió numerosas limosnas entre los pobres. Al dia siguiente supo que el indulto estaba desechado. Volvió á la prision; la fisonomía de Enrique, mas demacrada que el dia anterior, revelaba sus inquietudes interiores.

—¡El indulto! exclamó otra vez con una voz en que se traslucia su secreta emocion.

El sacerdote bajó los ojos y calló.

—¡Con que todo ha concluido para mí! ¡Es menester morir!....

El condenado se abismó en sus tristes ideas; una palidez aterradora cubrió sus mejillas: comprendia al fin el terror á la muerte.

—Hermano mio, dijo Mr. de Mael sosteniéndole en sus brazos, haced generosamente á Dios el sacrificio de vuestra vida, y poned vuestra confianza en quien no desechó ni aun la súplica del ladron arrepentido.

—¡Esperar yo! respondió Enrique con una espresion estraña de amargura. ¡Esperar! ¡Y qué he hecho jamás para tener el derecho de esperar! Si examino mi conciencia ahora, sé muy bien que, si hay un Dios en el cielo, me condenará.

—¡Dios os salvará! dijo Alfredo con fuerza; miradme bien: ¿no me reconocéis aún?

Enrique, asombrado, fijó los ojos en el sacerdote y sacudió la cabeza.

—¿No os acordais de aquel jóven oficial moribundo por la sed bajo el cielo ardiente del Africa, á quien dísteis las últimas gotas de agua que os quedaban?

—¿Seríais vos?

—Yo soy; me salvásteis la vida; ¿no podré hacer ahora nada por

vos? Soy vuestro amigo, vuestro amigo agradecido; no me rechaceis; os lo suplico en nombre de Dios; dejadme aprovechar estos últimos momentos para salvar vuestra alma.

—¡Mi crimen es tan grande!....

—¡Oh, la misericordia de Dios es aún mucho mas grande! Jesus no padeció en vano por vos; él os protegerá ante la justicia de su Eterno Padre.

—¿Lo creéis así?

—El trage que llevo os lo dice de sobra.

—En verdad, respondió Enrique, vos teníais un hermoso porvenir militar y lo habeis renunciado: ¿es que habeis creído encontrar algo mejor que la fortuna y los honores?

—Lo creo y lo espero.

—Pues bien, me entrego á vos; el recuerdo que habeis evocado me ha afectado; valia yo mas entonces que no ahora, pero puesto que os interesais por un pobre condenado, no me abandonaré yo tampoco. Habladme de Dios.

Cayó de rodillas.....

### III.

Una hora despues Enrique se levantaba absuelto, reconciliado con Dios, dispuesto á morir, y hasta sintiéndose dichoso de morir para poder espiar así su mala vida pasada.

Una gracia interior habia esclarecido, al borde de la tumba, aquella alma tanto tiempo cerrada á la luz de la fe; dos sentimientos celestes, el amor y el arrepentimiento, le habian purificado con sus santos ardores. El pobre soldado detestaba ya su vida pasada, deseaba la muerte sangrienta que debia lavar su delito, y buesba con ardor los consuelos religiosos que habia hasta entonces desconocido.

—¡Cuán bueno es Dios, exclamaba, y cuántas gracias ha derramado sobre mí! Hace algunos años me hizo oír su voz, pero yo no la atendí. Uno de mis camaradas me condujo á una reunion de soldados presidida por sacerdotes, que nos instruian y nos hablaban de Dios y de nuestra alma; me aburrí bien pronto de todo aquello y no volví, desdeñando aquella ocasion de hacerme bueno; y sin embargo el Señor no me ha olvidado enteramente; os ha enviado cerca de mí, á vos, mi padre, mi hermano, mi salvador!

—La palabra de Dios es segura, vos lo veis: un vaso de agua dado en su nombre no queda sin recompensa.

—¡Ah! si pudiera aún vivir, ¡cuántos vasos de agua daria! dijo el pobre condenado.

### IV.

Enrique murió aquella noche con los sentimientos de una piedad profunda y de una alegría singular.

—Soy dichoso, dijo á Mr. de Mael antes de ser fusilado; soy dichoso, porque no ofenderé ya mas al buen Dios.

Sus compañeros le compadecian; el sacerdote le envidiaba.

*Mad. Bourdon.*

*(Traducido por D.<sup>a</sup> E. G. y V.)*

## LOS NAUFRAGOS (\*).

### I.

Azul y sereno el cielo,  
Azul y sereno el mar,  
Se alejan los pescadores  
De la ribera natal;  
Pero conforme se alejan  
Por la azul inmensidad,  
La vista de cuando en cuando  
Tornan con amante afán  
Hacia las verdes montañas  
Donde blanquea su hogar.  
¿Qué buscan allá sus ojos?  
¿Qué su corazón allá?  
Quizá buscan la ventana  
Donde unos ojos están  
Llorando, al ver que se alejan  
Por la azul inmensidad.  
Si ojos azules engañan  
Aunque es dulce su mirar,  
Cielos y mares azules  
¿Cuánto, ¡ay Dios! no engañarán?

### II.

Como de monstruo marino  
Que siente herida mortal,  
Y brama y rabioso azota  
Las ondas al respirar,  
Se oyen lejanos bramidos  
Que aproximándose van,  
Y conforme se aproximan  
Se agita iracundo el mar,  
Y en altos montes de espuma  
Se torna el terso cristal.  
¿Qué monstruo es el que se acerca?  
¿Es su nombre el huracán,  
Y es Dios por su omnipotencia,  
Y es Luzbel por su impiedad!  
¡Ay, los pobres pescadores  
Al puerto no tornarán,  
Que ya sepultura tienen  
En los abismos del mar,  
Y ojos que los vieron ir,  
Nunca á verlos volverán!

---

(\*) Aunque por regla general no solemos copiar en nuestra Revista artículos de otras, hacemos espontáneamente una escepcion con esta bellísima poesía del cantor vascongado, que copiamos de *El Folletin*, ilustrado periódico Malagueño.

## III.

Noble y anciana Bermeo,  
 Contigo quise llorar,  
 Y me prosterné á la sombra  
 De tu santuario foral.  
 El cielo estaba sereno,  
 Serena estaba la mar,  
 Porque cielo y mar recobran  
 Pronto su serenidad,  
 Y corazones heridos  
 No la recobran jamás.  
 ¡Ay de la viuda y el huérfano  
 Faltos de abrigo y de pan!  
 Clamó una voz dolorida  
 En los abismos del mar.  
 —La caridad los ampara.  
 —¡Bendita la caridad!  
 Dijo trémula de gozo  
 La voz sobrenatural;  
 Y en los abismos reinaron  
 Augusto silencio y paz.

## IV.

Sí, la caridad ampara  
 La viudez y la orfandad,  
 Para que su sueño eterno  
 Duerman los muertos en paz.  
 De Bermeo á Donostía  
 Corren lágrimas al mar;  
 De dolor son muchas de ellas,  
 Y de gratitud las mas.  
 Santa Virgen de Begoña,  
 Que protejes nuestro hogar  
 Y á nuestros pobres marinos  
 En las tempestades das  
 Fuerza para resistir  
 Y fe en Dios para esperar,  
 Conserva á tu noble villa  
 El timbre que la honra mas:  
 La fe cristiana, que es santa  
 Madre de la caridad!

*Antonio Trueba.*

## INDULGENCIAS A LA CRUZ ROJA.

El Sr. Obispo de Málaga ha concedido 40 dias de indulgencia á las Señoras de la Seccion Central de la Cruz Roja, siendo estensivos á los hospitales, á las ambulancias, á las personas que tan caritativamente la ayudan, y á los heridos y enfermos que asisten.